

Roberto Bolaño

“Introducción”*

* Pasaje del libro *El misterio Nadal*. / *A Lost and Rescued Book*. / Purportedly Compiled and with an Introduction in 2001 by Roberto Bolaño. / Edited by Isabel Quiroga and Jorge Mosconi / Translated by A. B. / Editorial Spuyten Duyvil, New York, 2018. Hay quienes, con o sin razón, atribuyen el libro al escritor estadounidense Kent Johnson (ver entrada “Kent Johnson”, en la sección final de la revista: “Bibliografemas”). La retraducción al castellano es de Alberto Allard (Santiago).

Roberto Bolaño

“Introducción”

Vladimir Nadal me llamó un día cualquiera de octubre de 1997. No lo había visto desde 1977, en México, Distrito Federal; sé que era octubre —18 de octubre, para ser exacto— porque me acuerdo de que cuando el teléfono sonó yo estaba leyendo un artículo en *El País* sobre el entierro de los restos del Che Guevara en un mausoleo en Santa Clara, Cuba, que habían sido repatriados la semana anterior desde Bolivia.

Me tomó un rato ubicarlo. Me acordaba del nombre, pero los recuerdos eran escasos: amigo de Harrington, chileno, bebedor de capacidades impresionantes, aunque nada raro acerca de eso último, al menos en lo que concierne a nuestro grupo. Callado, en el margen de las cosas, medio indígena, relajado, observando desde abajo de una gorra de Los Guerreros Oaxaca. Ese era mi recuerdo nebuloso.

Tomé un taxi para ir a buscarlo a la estación de Blanes. Nos saludamos deferentemente y tuvimos la charla típica. A pedido suyo paramos en el Bar Estadio, a unas pocas cuadras del departamento. Se tomó tres grapas bastante rápido; en ese respecto encajaba con mi vago recuerdo, aunque si lo hubiera visto en la calle no lo habría reconocido. En la imagen parcial que yo intentaba reconstruir era un muchacho delgado; ahora era más alto de lo que lo recordaba, un poco más fornido también, lentes oscuros y un bigote tipo escobillón a lo García Márquez, un escritor al cual, al menos allá en el 76, él y el resto de nosotros creíamos que era una mierda. Pero no podía recordarlo más claramente de lo que había podido recordar a Roberto Arriagada y Renato Czischke que allá en 1973 (ellos también tenían bigotes a los García Márquez) me aseguraron que habíamos sido compañeros de curso en nuestro primer año en el Liceo de Hombres en Los Ángeles y quienes me sacaron de una casa de tortura en Concepción a riesgo de sus propias vidas.

Qué bueno que el Che volvió a Cuba, ¿eh?, dije. El barman llenó el vaso de grapa de Nadal y dejó la botella.

No sé, rio. Me pregunto si no habría preferido quedarse donde estaba como San Ernesto de la Higuera... El mausoleo donde lo metieron se ve un poco monolítico. Fidel no debió haberlo embalsamado. Fue un exceso.

¿Qué? ¿Cómo podría haberlo embalsamado Fidel?, le dije. Ha estado muerto por casi 30 años.

Entiendo a lo que te refieres, respondió rellenando el vaso. Es nada más que una broma. Pero no hay duda de que los soviets dejaron las últimas fórmulas, incluso para

estados avanzados de descomposición. A propósito, ¿desde cuándo empezaste a fumar Kent? Te solían gustar mucho los Delicados, eres un vendido a los yanquis.

No pusimos a parlotear de política y cosas afines; me pidió que le contara acerca de mi regreso a Chile el 1973 y mi paso por el Salvador de ida a México. Hablamos de Roque Dalton, a quien yo había conocido brevemente en San Salvador, un año antes de que sus propios camaradas del ERP lo bañaran en gasolina y le prendieron fuego. Quería conocer cada detalle del encuentro, lo que había dicho Dalton, cómo era. Le respondí que la mayoría de todo eso estaba ya bastante viejo y borroso.

Resultó que el mismo Nadal había estado en El Salvador mucho más tiempo que yo y, por cierto, de manera más sustancial, peleando con el FLP en contra del FMLN durante 10 meses en Chalatenango, a principio de los 80, cuando comandaba un escuadrón zarrapastroso de internacionalistas conformado en su mayoría por mexicanos y hondureños. Estos últimos entrenaban para un frente armado en proceso de formación condenado a ser aplastado un par de años más tarde en una guerra sucia coordinada por la embajada de los Estados Unidos en Tegucigalpa. El asesinato de Mélida Anaya Montes, en 1983, lo convenció de que ya era tiempo de salir de ahí. Cruzó hacia Honduras a principios de 1984 y recorrió, en botes plagados de malaria, el camino hasta la Costa Mosquito de regreso a México. También le pedí todos los detalles, especialmente acerca de su contacto personal con el comandante Marcial, que fue el que ordenó el asesinato de Ana María [*nombre de guerra de Anaya Montes. A.B.*]. El 86, después de manejar un taxi por dos años en Juárez, consiguió una visa con la ayuda de Ricardo Pascoe y terminó trabajando en lo que fuera, en Texas y Colorado, luego como lavaplatos por siete años en la Universidad de Arizona, en Tucson, hasta que detectaron sus papeles vencidos. Así es que aquí estaba ahora, perdido en Europa, como yo 20 años atrás.

Oye, me encanta la *Literatura nazi en las Américas*. Es mucho mejor que *La senda de los elefantes*. Cualitativamente, para ser honesto. ¿Pero cuéntame qué es este libro que he escuchado que estás escribiendo acerca de nuestros infra días? Eso es interesante. ¿Aparezco en él?, preguntó Nadal.

Bueno, gracias por el halago, le contesté. Pero la verdad es, mano, qué tú eras nuevo en el grupo y apareciste justo antes de que Santiago y yo nos largáramos y, por lo que puedo recordar, apenas hablamos. ¿Pero dónde mierda supiste de mi próximo libro?

¿Qué quieres decir con que apenas hablamos, huevón? ¿No te acuerdas del tiempo en que Cuauhtémoc, Piel Divina, Harrington y yo proponíamos secuestrar a Octavio Paz? Discutimos contigo por dos horas en el café *El Popular* acerca de eso. ¿De que el rescate consistiría en que *Plural* y *La Cultura en México* publicaran, cada uno, un número especial de infra poesía? Liberándolo inerte, por supuesto, incluso si se ne-

garan... ¿O de la vez que propusimos ir con pistolas a una conferencia de Monsiváis y David Huerta y disparar al aire? Me acuerdo de que al principio te gustaba la idea pero que después te acobardaste.

¿Estuviste envuelto en la idea del secuestro? Quiero decir, realmente creí que la propuesta de Cuauhtémoc era un chiste. Eso habría sido un suicidio, huevón, nos habrían disparado. Y de todos modos no recuerdo haber discutido sobre eso en *El Popular*.

Lo cierto es que habría cambiado el curso de la historia poética latinoamericana, tienes que admitirlo, si hubiéramos tenido las agallas para hacerlo. Al menos puedo decir que yo era uno de los que dio vuelta un trago en la camisa de Paz, y en casa de Huerta. Tú no estabas ahí, como de costumbre. No es que le hubiese molestado mucho, lo cual fue decepcionante. Me sonrió como si fuese un niño, como si hubiese entendido mi necesidad adolescente de ser impúdico.

De hecho, continuó, unos meses más tarde me enteré de que Benjamin Péret le había tirado un trago a Paz en Ciudad de México, en la casa de Leonora Carrington, allá por 1943, y qué Paz había perdido el control y que lo habían tenido que agarrar. Aparentemente discutían sobre el rol de Neruda en el allanamiento de Siqueiros a la casa de Trotsky —Paz negaba que Neruda hubiese tenido algo que ver con eso. Él y Pablo eran amigos en ese tiempo me parece. ¿Habías alguna vez oído de eso?

¿En serio? ¿Quién te dijo eso? Eso es una salvajería, le dije, me encanta Benjamin Péret.

Efraín me lo contó. Estaba ahí. Por supuesto, Efraín también debe haber defendido a Neruda. Al parecer Péret empezó a gritar sobre la traición de Neruda hacia el POUM y los combatientes anarquistas en España y tuvieron que echarlo, porque dijo que estaba “listo para matar algunos malditos poetastros estalinistas” y había, por cierto, bastante de ellos ahí.

Lo miré y traté de recordar. Intenté hacer corresponder su imagen en mi recuerdo, cuando podría haber tenido unos 20 o 21. Se veía tan diferente que se me pasó por la cabeza que tal vez yo estaba recordando a una persona diferente y poniéndole un nombre equivocado, en mi memoria, a su rostro. Pero no podía ser: definitivamente, sólo había cuatro chilenos en el grupo, sin contar a Bárbara. Él podría haber sido aquel que, entre nosotros cuatro, estaba en el margen de las cosas, más o menos pasado por alto, no por falta de consideración, sino porque llegó tarde, y sólo parecía estar ahí a medias, de paso más que nada. Olvidé prestar atención a cómo había oído hablar de *Los detectives salvajes* que todavía no estaba ni siquiera publicada.

Volvimos a mi departamento y calenté las sobras de una paella muy buena que había hecho dos días atrás con hartito pulpillito para Jorge Herralde y Juan Villoro, que habían ido a visitarme. Me fui a la cama temprano. Nadal regresó a los bares.

Se quedó cinco noches, no dos, como había prometido. Iba camino a París y luego a Viena donde vivía su hermano como mecánico de autos; tenía trabajo para él y una habitación en el segundo piso de su negocio. Le di un par de contactos, sugerí un par de buenos cafés en una zona que conocía bastante bien. Pareció olvidar los rumores sobre *Los detectives salvajes* y no volvió a mencionarlos hasta el día en que se fue, así que me agarró desprevenido y sin querer hablar del asunto en primer lugar. De lo que sí hablamos fue de Santiago; ambos estábamos de acuerdo en que algún día, al menos en América Latina, su nombre tendría para los jóvenes una importancia igual a la de Ginsberg, Kerouac, o Rimbaud. No sólo por su poesía, sino por su vida inimitable que es lo mismo que decir por su poesía... Recuerdo haber pensado, mientras hablábamos, que tenía que llamar a Mario, invitarlo a regresar a Barcelona, pagar su viaje. Nunca hice la llamada y pocas semanas antes de escribir esto supe que había muerto atropellado por un tren.

La noche antes de que Nadal se fuera, cerca de las 2 de la mañana, de regreso a casa desde el Bar Novo, mientras transitábamos por un tramo no iluminado de Lluís Companys, un grupo de 4 muchachos nos bloqueó el paso por ambos costados en un callejón. Blanes, con heroína y crack en aumento, pasaba por una crisis de criminalidad, y era obvio que estábamos a punto de ser asaltados. Nadal también lo entendió inmediatamente.

Quédate conmigo, dijo.

Uno de los asaltantes nos mostró un cuchillo abierto a la altura de la cadera y nos pidió dinero. Todo su dinero, hijos de puta, dijo taxativo. Claro que sí, contestó Nadal, sacó su billetera, se la ofreció y cuando el chico fue a tomarla, como si fuera una película de Kung Fu, lo agarró de la muñeca, lo acercó de un tirón y le dio un rodillazo en las pelotas; le dobló el brazo detrás de la espalda, agarró el cuchillo y le dio un fuerte golpe de karate en el cuello. Todo en un único movimiento fluido. Por mi parte, le arrojé un golpe al que tenía más cerca y acerté en la nariz, no sé cómo, arrojándolo al piso; los otros dos corrieron. El chico al que Nadal parecía haberle roto el brazo estaba en el suelo gritando. Nadal le dio una rápida patada en la mandíbula. La oí quebrarse. El muchacho que yo había golpeado se levantó, para mi orgullo y sorpresa, sangrando de la nariz, retrocedió y luego escapó, gritando sobre su hombro que la próxima vez nos iba a disparar. Malditos burgueses hijos de puta, gritó rompiéndose la voz. Nadal cerró el cuchillo y lo guardó en su bolsillo.

Mierda, exclamé. Qué mierda. ¿Dónde aprendiste eso? ¡Mierda!

En el FPL, dijo, metiéndose la camisa en el pantalón. De los consejeros sandinistas que habían aprendido, a su vez, de los hijos del Che. Aunque eso no lo oíste de mí. Tú estuviste bastante bien, Bolaño. Buen gancho de izquierda.

Se veía extrañamente compuesto para las circunstancias, como en alguna película de bajo presupuesto de cine negro de los cincuenta.

¿Sigue vivo? Pregunté todavía temblando.

Está bien. Tan solo duerme. Es posible que todavía llegue a ser un banquero, un político o algo así, dijo Nadal. Escuché gemir al joven.

No habíamos caminado cinco metros cuando alguien se insinuó entre las sombras. Nadal se detuvo listo para atacar nuevamente, pero de inmediato supe que se trataba de Estela, una adicta a la que yo había estado ayudando por un tiempo con comida y cosas así. A fines de los setentas había estudiado en la Sorbona y había sido una visitante habitual en la tienda de mi mamá, aunque nunca compró nada.

Yo sé que Roberto no juega así que no le voy a preguntar, pero para un hombre como usted, señor, puedo hacer un descuento, y se acercó arrullándose hacia Nadal.

Roberto no engaña, mi amor, dijo Nadal. Porque es mi novio.

Estela hizo un sonido largo y agudo como si fuese medio lechuza.

¡Roberto! Gritó. Le voy a contar a tu mamá.

Está mintiendo, Estela, la corregí, temblando incluso más ahora que el temblor de la pelea se hacía sentir.

No te preocupes, Roberto. Yo sé quién eres, se rio mientras doblábamos en la esquina de la Calle Anabel. ¿Pero sabes realmente quién es tu amigo?

La luna se desplaza en el cielo; el sonido de las olas y la risa de una prostituta que solía visitar el Café de Flore y que alguna vez había platicado, íntimamente, con miembros de Tel-Quel.

Deberías poner todo eso en una historia, dijo Nadal desde la oscuridad.

Sería demasiado ficticia, respondí, encendiendo un cigarrillo, mirando alrededor, esperando algo más.

Es que ese es uno de los encantos de tu ficción, Roberto. Tú haces que las cosas más inverosímiles y extrañas parezcan perfectamente posibles. ¿Una escuela de literatura para nazis? ¿Quién podría haberlo pensado y hacerlo funcionar sino tú?

(REVISAR LAS DOS PÁGINAS ANTERIORES. DEMASIADA AFECTACIÓN DE MACHO.) [La nota —escrita por Bolaño, Quiroga o Mosconi, es imposible de decidir— está escrita a máquina en mayúsculas directamente sobre el texto. A.B.]

Aparte de la pelea a cuchillo, fue una visita placentera, en serio, aunque, tal vez yo estaba un poco distante, más que nada porque me encontraba trabajando muy duro

para terminar *Los detectives salvajes*, en la última etapa de revisiones. Pero Nadal parecía no tener problema en dejarme mayormente solo durante el día mientras hacía un tour por los bares de Blanes. Considerándolo todo, era una buena compañía —muy atento con mi madre, quien estaba tan halagada con sus cortesías y encantos que, en su última noche aquí, nos llevó a una gran cena de paella en el Hotel Horitzó. Ella no tenía dinero para hacer ese tipo de gastos y yo estaba un poco molesto con ella por el derroche, sin mencionar mis sospechas de que había estado flirteando un poco con Nadal. Yo había recibido algo del dinero del premio por mi historia “Sensini”, y dije que pagaría la cuenta, pero ella respondió que pidiera unas tapas y me callara. Comimos como oficiales del PSOE en una cena real de Estado en Londres.

Después del postre, el mejor flan que ninguno de nosotros hubiese probado jamás, y sin tener forma de saber que yo era un gran fanático de la película *Repo Man*, Nadal comenzó a contarnos que había conocido a Alex Cox, un autor al que yo adoraba, en un tren camino a Denver, en algún momento de 1986 u ‘87.

Mano, estás bromeando. Me estás jodiendo. Adoro a Alex Cox. ¿En serio? ¿Cómo era?

Andaba con una gorra de béisbol que decía “Repo Man,” hecha a pedido, me parece, dijo Nadal. Y yo estaba sentado detrás de él escuchando su conversación con una anciana negra que estaba al lado suyo, y pude notar cuán educado y atento era, incluso a pesar de que ella claramente padecía demencia. Pude ver que traía un libro de poesía de Bukowski, publicado por Black Sparrow. Así que cuando se paró para ir al carro del café, lo seguí, principalmente para hablar de Bukowski, señalé su gorra con el dedo y le dije que me encantaba la película *Repo Man*, y me dijo entonces que la había dirigido. Así que le contesté, oh sí, seguro que sí. Pero rápidamente quedó claro que era Alex Cox y yo no podía creerlo. Así que entonces, con un nudo en la lengua, dije algo acerca de que conocía a un cierto número de poetas en México que probablemente podrían dejar a Bukowski debajo de la mesa en una competencia de bebida, y empecé a contarle sobre nuestros días allí en ese entonces, y resultó que él era un gran admirador de Paz, pero lo conocía superficialmente así que me hacía todo tipo de preguntas. Como sea, la cosa es que nos llevamos muy bien, y terminamos dando vueltas al templo del Tabernáculo Mormón en Salt Lake City, porque tuvimos una pausa de 3 horas por una falla mecánica, Amtrak es una vergüenza para la cultura ferroviaria, realmente triste, y ahí estaba yo, contándole de Efraín Huerta y Mario Santiago y Manuel Maples Arce y los estridentistas y la Hora Zero, y él estaba realmente interesado, incluso me dijo, más tarde, en el tren, que pensaba que Santiago debió haber hecho una película acerca suyo, y me dio su tarjeta y me pidió que lo contactara más tarde, pero luego perdí la tarjeta.

Mierda, exclamé, es sorprendente. Estás inventando esa parte en la que dice que quiere hacer una película sobre Santiago, ¿verdad? Quiero decir, sería una película acerca de todos nosotros, ¿verdad?

No, juro que es verdad. Incluso le entregué mi preciosa copia de *Pájaro de calor*, la que algún día probablemente valdrá unos cuantos miles de dólares en el comercio de libros.

¿En qué película estaba trabajando cuando hablaste con él?

Acababa de terminar *Sid y Nancy*, y dijo que iba a Nicaragua hacer una película sobre William Walker.

Huevón, ¡yo vi esa película sobre Walker!, dije. Pero es una decepción, para nada parecida a *Repo Man*.

Bueno, dijo Nadal, *Pierre: o, las ambigüedades* tampoco es tan buena como *Moby Dick*. La analogía tal vez está un poco agotada, pero no es falsa. Algo como eso puede pasarte a ti también. Tú sabes cómo es. Y Doña Victoria, no puedo agradecerle lo suficiente por esta maravillosa cena, sentado aquí junto al océano, en tan maravillosa compañía. Ha sido un verdadero placer conocerla y no lo olvidaré. Esta es sin duda la mejor paella que jamás he comido.

¿Mejor que la mía, quieres decir?, dije un poquito sentido.

Yo tampoco te olvidaré, mi dulce querido, dijo mi mamá tomando su mano a través de la mesa. Asegúrate de volver pronto. No olvides llamarnos cuando andes cerca. Nadal era bastante suave y encantador para alguien que había querido secuestrar a Octavio Paz. Francamente, todo esto me estaba empezando a hacer sentir un poco raro. Por alguna razón olvidé preguntarle si le había contado a Cox acerca de su mala experiencia cinematográfica en El Salvador. Probablemente no lo hizo.

A la mañana siguiente los dos paramos en la tienda de Joan Planell por unos rollos dulces y un café antes de tomar el tren a Barcelona, desde donde el volaría a Viena esa noche. Por mi parte me iba a quedar un par de días en la ciudad para hacer mis exámenes de control, pasar por Anagrama para hablar de las revisiones y pasar tiempo con Carmen. Pero le prometí a Nadal que el primer día lo pasaría con él. Quería conocer el bar Marsella, uno de mis lugares habituales —una taberna en el Raval donde no habían cambiado los muebles ni limpiado nada desde el día que Hemingway bebió absenta en ese lugar en los años veinte. Justo como sospeché que sería, Vila-Matas estaba tomando su café con leche de la tarde en la esquina que parece una obra de Merzbau —donde siempre se sienta a esa hora, solo, disfrutando de su tiempo antes de la famosa depresión de todos los días que descenderá sobre él alrededor de las seis o siete de la tarde. No queriendo interrumpirlo, lo saludé de lejos y él respondió despreocupado, volviendo a su café y a su lectura. Ese es Vila-Matas, dije. Oh, ¿en serio?, respondió. Me gusta *Una breve historia de la literatura portátil* y acabo de leer *Hijos sin hijos*, fantásticas, él es muy bueno. ¿No deberíamos acercarnos y saludar?

Le expliqué la situación, que sus mañanas solitarias en aquel rincón eran un tipo de excentricidad a lo Tristram Shandy, que interrumpirlo sería una indiscreción y que,

más tarde, cuando se retirase, él vendría a nuestra mesa a saludar. Comencé a contarle a Nadal de cuando, hacía poco —apenas unas semanas atrás nos habíamos conocido con Vila-Matas en el Bar Novo en Blanes, en noviembre del 96—, nos habíamos encontrado en una retrospectiva sobre Joseph Beuys en el MACBA, y cómo habíamos vagado por la habitación donde estaban, esparcidos alrededor de la rotunda, una serie de vitrinas de patas largas, conteniendo objetos extraños y diversos, incluyendo, señaladamente, piezas de felpa oscura y barras de grasa de cocina. Bajo uno de éstas vitrinas había una cantidad de afeites y cosméticos que Beuys sostenía (de acuerdo con la tarjeta informativa) haber robado del baño de Leni Riefenstahl durante una fiesta en su casa: un cepillo con cabello todavía en él, una barra de lápiz labial, una caja de sombra de ojos, un cortador de píldoras, una almohadilla de rubor, pinzas, un cepillo de dientes, medio rollo de papel higiénico, una botella de aspirinas, esmalte de uñas, enjuague bucal y otras cosas que no puedo recordar. E, intercalado entre las cosas, había unas imágenes de la horrible *Stürme über dem Montblanc*, que había protagonizado. Vila-Matas observaba estos objetos solemnemente, con las manos tras la espalda, inclinado ligeramente, y dijo, aunque más a sí mismo que a mí: Uy, ¿sabes?, me pregunto qué puede tener que ver el fascismo, en el fondo, con la Vanguardia.

Desde ese entonces que le he estado dando vueltas a esa pregunta, le contesté a Nadal. Porque no puedo resolver la pregunta era grave o irónica, aun cuando es un hecho que la Vanguardia tiene al fascismo en sus primeros genes mediante el Futurismo italiano. Y, por alguna razón, continué, sigo olvidando comentárselo cuando nos encontramos. Así que cuando se acerque, ¿por qué no le dices que te dije lo que dijo y le preguntas qué quiso decir con eso? Le va a gustar. Sería una forma en que ustedes dos se conectasen y, para mí, de dejar de olvidar preguntarle.

Seguro, dijo. Cualquier cosa para ayudarte con tu floja memoria, Bolaño. Pero acabas de publicar un libro galardonado sobre los escritores fascistas de vanguardia, de modo que no sé por qué no tienes ya la respuesta, ¿sabes? Y a todo esto, a propósito de Beuys, es interesante, porque la pregunta más específicamente sería: ¿qué tiene que ver el fascismo con la Neovanguardia? Porque Beuys es una figura realmente clave en toda la espectacularización de posguerra del arte y su captura por el capital —seminal en este aspecto, con Klein y Warhol. Quiero decir, aparte del hecho de que fue cañonero de un Stuka de la Luftwaffe derribado sobrevolando la Unión Soviética y que fue rescatado por los tártaros, o al menos eso cuenta, su trabajo está totalmente entrelazado con la cultura emergente del espectáculo, la cual para la Vanguardia histórica no es un problema, pero para la cual la Neovanguardia ha llegado a ser la suma y el todo, la invasión y colonización por parte de la industria cultural del reino del arte de “vanguardia”. Y en los sesentas en realidad es como una especie de blitzkrieg, incluso aunque Adorno pensara que los gestos de la Vanguardia proveían un refugio frente a la crítica negativa

de las mercantilizaciones de la industria cultural, etcétera. Hace un tiempo estuve leyendo a Benjamin Buchloh, es un gran crítico de arte. ¿Conoces su trabajo?

No, contesté. ¿Quién es?

Algo así como un adorniano radical modificado, muy astuto —que pone a Adorno patas arriba como Marx hizo con Hegel. Habla de cómo, cuando artistas y escritores de la última parte de los años diez y comienzo de los veinte impactaron y escandalizaron a sus audiencias, fueron percibidos por todos —y no menos por la burguesía— como una provocación política y social, como un ataque a los fundamentos mismos del orden cultural y racional. Como el Cabaret Voltaire en 1916, o las lecturas de los poemas sonoros Merz de Schwitters, o las varias explosiones en contra del decoro y el sentido común por parte de Bretón, Péret, Éluard, esa gente, aunque Péret resulta ser diferente de la mayoría de los originales y nunca se echó para atrás. Ellos no estaban sólo levantándole el dedo contra los rituales hegemónicos y las convenciones de producción de sentido; estaban ofreciendo modelos de cultura y comunidad alternativos, no importa cuán utópicos pudieran ser, de lo social, de lo comunitario, de la práctica revolucionaria. Pero cuando los artistas de la neovanguardia se integraron al escándalo y el impacto, el efecto más evidente de sus acciones, por otra por otra parte —de acuerdo con los rituales de la industria cultural— sería la espectacularización del artista como “estrella” y al rol social ligado a eso. Beuys, Klein y Warhol fueron los primeros en incorporar completamente los principios de la cultura del espectáculo y las estrategias de visibilidad de culto de sus personas tanto como de su obra. Una vez que la práctica cultural ha sido separada de toda aspiración utópica o política, la neovanguardia inevitablemente consumió el cambio a un registro de exclusiva espectacularidad visual. Lo cual es, obviamente, análogo a la lógica operacional de la cultura fascista. Así que tal vez eso es más o menos lo que Vila-Matas tenía en mente cuando dijo lo que dijo. Es interesante pensarlo, ¿no te parece? Esos documentos, en Kassel, penden genealógicamente, como una hoja, de una rama fascista, de la cual se cae, cada otoño, para retornar, en primavera.

Eso fue soberbio, le dije, impresionado por la elocuencia de su divagación. Me pregunté si lo habría memorizado de un texto sobre arte, aunque no sonó como si hubiera sido así. Lo dijo con naturalidad, con un montón de pausas y “ehs”.

Ah, mano, me encanta este lugar, dijo mirando alrededor. Me encantan los bares oscuros, ¿sabías? ¿Dónde más que en un viejo bar pueden las pretensiones y la clase social pasar de verdad a segundo plano?

¿Un estadio de fútbol?, dije.

No, no. Los trabajadores se sientan en los peores asientos, la burguesía en los mejores. Además, algunos equipos son proletarios, otros son burgueses.

¿Iglesias?, dije.

Por favor, Bolaño. Las iglesias, por debajo del show, son completamente clasistas, tú lo sabes. El Vaticano II incluso. Además, la mitad de los clérigos son pedófilos. Es en las *tabernas* donde las cosas se nivelan. ¿En qué otro lugar la autocompasión es tan antigua y comunitaria?

Okay, dije. ¿Buses?

Finalmente vino el mesero, lo suficientemente viejo para haber atendido al mismísimo Hemingway cuando joven.

Así que Nadal pidió el último medio litro de grapa de la mañana y yo té de manzanilla, y cambiamos el tema para hablar de la vieja escena en el D.F., y me actualizó acerca de lo que ocurrió después de que Santiago y yo nos hubiésemos ido, alguna de las cuales yo había oído por ahí, alguna de las cuales no. Rumores acerca de gente como Orlando Guillén, Carla Rippey, y Enrique Krauze. Y hablamos acerca de la última peregrinación de Santiago por el desierto, la propia militancia de Nadal con el PRT en Juárez, siguiendo con El Salvador, incidentes con Efraín Huerta, el resentimiento de aquellos que fueron dejados afuera de los *Chicos desnudos bajo el arcoíris de fuego*, la mayoría de ello relacionado con el colapso de viejas afinidades, el triunfo final de los pazistas... La historia típica de la Vanguardia, etcétera. Cómo se desfigura hacia el final, cooptada, en varias poses de sometimiento y derrota. O la apertura a la nada eterna, como sus facciones más externas. Como el ciclo sigue repitiéndose. La mayoría de ello es, en otras palabras, deprimente.

Tanto para “abandonarlo todo, una vez más, ¿eh?”, dijo con una sonrisa.

Vila-Matas había terminado su café e iba camino a la salida. Se detuvo al pasar, con los ojos un poco rojos, y le presenté a Nadal. Le pregunté a Vila-Matas qué estaba leyendo por esos días, por lo cual me refería algo así como “esta semana”. Respondió que estaba leyendo cuatro cosas y que se permitía solamente leer una de estas cuatro cosas cada día, en una secuencia exacta y con un límite de no menos de cincuenta y cuatro páginas diarias, incluso si en algunos casos eso significaba retroceder y volver a leer: la biografía de Pessoa, escrita por Simões, los poemas recopilados de J.V. Foix, *Asesinato en el comité central*, escrita por el gastrónomo y novelista de crímenes Vázquez Montalbán (nuestro amigo mutuo), y *El Quijote*, por cuarta vez. Nunca me sentí más fuerte o mejor en mi lectura, respondió. Me está haciendo más alto, día a día. Yo le iba a preguntar a Vila-Matas cómo es que estaba haciéndose “más alto” con la lectura, cuando Nadal le preguntó qué es lo que estaba “*escribiendo* por estos días.”

Estoy escribiendo un libro compuesto enteramente por notas al pie de página; es sobre varios escritores completamente incapaces de escribir debido a alguna parálisis de la voluntad más allá de su control o que resolvieron, por su propia voluntad, no escribir más o que, en unos pocos casos, han desaparecido misteriosamente de la vida

pública. Escritores del *No*, se podría decir... Y no hay un solo nazi entre ellos, dijo Vila-Matas, fingiendo una tos educada.

Ah, ¡mi tribu!, dijo Nadal. Pero aparentemente no la tuya, Vila-Matas, dado que estás bastante ocupado, cómo es que dicen, *¿escribiendo?*

Eso me pareció un poco impertinente, considerando que acababa de presentarle a Vila-Matas hacía un momento. Pero Vila-Matas se rio amigablemente. Nos invitó a reunirnos con él esa tarde en la casa de Leopoldo, con Ignacio Echeverría y Miguel Bauzá, disculpándose por no poder quedarse, dado que se iba a encontrar con Javier Marías para almorzar en el Pinoxtó.

¿Miguel Bauzá?, dije. Estás bromeando. Nadie lo ha visto en años.

Lo sé, respondió Vila-Matas. Pero aceptó que nos viéramos y por eso es que ustedes deberían venir. Habrá cena con el pichón de Cataluña.

Nadal le explicó que le encantaría, pero que se iba de la ciudad alrededor de las once de la noche, dado que (lo dijo en inglés sin percibir que, para Vila-Matas, bien podría haber sido eritreo) “The shadowy land of Freud”, según dijo, con lo cual creo que intentaba hacer una broma con “fraude”. Yo inventé alguna excusa, no queriendo encontrarme con Echeverría, de quién había oído que estaba preparando una crítica negativa sobre mí.

Así que Vila-Matas dijo ok y adiós, deseándonos estar siempre acompañados por la “enfermedad de la literatura,” o algo por el estilo que rizaba el rizo, y se retiró. Después de más o menos un minuto, Nadal dijo, mierda, olvidé preguntarle acerca del arte de vanguardia y el lápiz labial de Riefenstahl. ¿Debería correr tras él?

No, olvídalo, respondí. Más adelante se lo preguntaré yo mismo.

¿Y qué es eso de no leer más de cincuenta y cuatro páginas al día?, preguntó. Eso es raro.

Le recordé de la obsesión de Vila-Matas en *Una breve historia de la literatura portátil* con el número veintisiete, una obsesión que acosa también otros de sus libros. Es algo real, dije. Y los múltiplos son importantes para él también. Cincuenta y cuatro son dos veces veintisiete, obviamente.

Me tomaré otra grapa, por favor, pero doble, le dijo Nadal al mesero de Hemingway, el que regresó, venerablemente, con una jarra y dos vasos.

Nadal tomó un trago y procedió a sacar, uno por uno, los libros de su bolso, apilándolos cuidadosamente en una torre sobre la mesa. Trece de ellos, además de una copia de *Les Gazettes* de Adrienne Monnier que se caía a pedazos, la que dejó caer de un golpe en la cima de la pila. Parecía como un truco de magia: sacando todos esos libros de su morral,

que contenía todas sus ropas y artículos de baño, para empezar. Creerías que encontré esta copia de Monnier el mes pasado en París, en la Feria de Montreuil, y mientras la hojeaba, para nada interesado, veo que hay una carta manuscrita doblada ahí dentro, y es de Sylvia Beach, en su papelería personal, escrita a un estudiante estadounidense en el programa de París de la Universidad de Columbia en 1954, quien preguntaba sobre Proust, y Beach dice aquí que ella y Mlle. Monier son “totalmente ignorantes acerca de Proust”, así que remite al chico al editor de Gallimard. ¿No es raro eso?

Admití que lo era. Sacó la carta, todavía doblada, del libro, y la abrió cuidadosamente. La leí, y era exactamente como él contaba. ¡Mierda, que hallazgo!, exclamé. La escritura de la primera editora del *Ulysses*... ¿Y todavía no sabía nada acerca de Proust cuando tenía unos 60!? Eso es sorprendente. ¿Qué vas a hacer con ella? La pegó con un clip en un grueso montón de papeles que tenía. Le iba a preguntar acerca de ellos, porque se veían como un manuscrito, pero me distraje con su pila de libros.

El resto estaba casi igual de andrajoso, libros manoseados escritos por gente que nos gustaba incluso del tiempo en el D.F: Parra, Borges, Jaime Gil de Biedma, Rimbaud, Vallejo, Sor Juana, José Agustín (aunque éste último es un poco una sorpresa), Queneau, Ungaretti, Pizarnik, Cortázar, una vieja antología de poesía chilena, y unos pocos poetas estadounidenses en ediciones originales (Nadal tenía un buen inglés): Franc O'Hara, Ted Berrigan, y una tal Lynette Hejinum, de la que nunca había oído hablar.

¿Quién es ella?

Parte de un grupo experimental llamado *Language*, con signo igual entre las letras.

¿Qué?, ¿entre cada letra de los poemas?

No, me refiero a las letras en el nombre del grupo L=A=N=G=U=A=G=E...

¿Tal vez le pusieron ese nombre por el libro de Jack Spicer, excepto por el signo igual?, pregunté.

No lo sé... No sé quién es Spicer... Pero estos tipos eran una especie de marxistas, tipo Tel-Quel, a lo mejor; están en contra de la Academia y las formas oficiales de versificación, como lo estábamos nosotros, sólo que ellos son mucho más teóricos, afrancesados, se podría decir. No me refiero a Rimbaud y Baudelaire sino a Derrida, Kristeva, Lacan, Deleuze, ese tipo de cosas. Como una casta de apolíneos, comparado a lo dionisiacos que nos fascinaron a *nosotros*... Enemigos del yo y del ego autoral. Hay un tipo llamado Bernstein que, al parecer, es como el Breton del grupo.

Bueno, espero que hayan triunfado, respondí. Propongo un brindis por su eterna resistencia a la academia. Espero que luchen hasta el último aliento. Y levanté mi taza de té. El título de Hejinum, *Mi vida*, sugiere que lo harán, como Trotsky, ¿verdad? A no ser que Bernstein resulte ser un tipo de *Eduard* Bernstein. ¡Tú sabes cómo anda eso de la vanguardia!

En realidad, contestó Nadal, y como te iba diciendo, mano, no estábamos exactamente separados de “eso de la vanguardia” ¿o acaso lo estábamos?

No, no lo estábamos, dije. Correcto. Éramos piezas en el gran juego que arreglaron después de Tlatelolco. Teníamos razón en rechazar las tentaciones más obvias, pero podrías decir que en realidad no lo hicimos. Que no las rechazamos, quiero decir. Y no me refiero solamente a que terminamos publicando en *Plural* o *Punto de partida*. Esa primera resistencia y disrupción fue nuestro modo de intentar conseguir lo que realmente queríamos, que en el fondo era bastante parecido a lo que querían nuestros enemigos. No estoy completamente seguro de ello, pero a veces me lo pregunto.

Sí, respondió. Aunque hubo otros grupos que fueron absorbidos más rápidamente que nosotros, la Célula Acá, el colectivo *El taco de la perra brava*...

Las pandillas de la Suma y del Peyote, agregué. Sí, nosotros éramos los más disciplinados, los más astutos y los más valientes en realidad. Los otros hicieron unos cuantos manifiestos y eso fue todo.

Así que aquí estamos, Bolaño. Tú te estás haciendo famoso y yo camino a trabajar en la tienda de autos de mi hermano. Tómame una conmigo, Bolaño, como en los buenos tiempos. Acabó su cuarta o sexta grapa.

Bueno, Al menos todavía fumo, respondí. Tú, por otra parte, te has transformado en un tipo saludable, creo.

Salud, rio. O, espera, ya veo, necesito otra. Lo siento, le tengo un miedo terrible a volar.

Y veo que tienes una copia de Teitelboim y Anguita. Qué bien. No me he metido en estas cosas en años. Pobre Teitelboim, qué buen antologista y qué mal escritor. Tomé el libro y lo di vuelta para ver la tabla de contenidos en el reverso.

Omar Cáceres, dijo. Un verdadero escritor del No.

Sí, es de verdad extraño lo de Cáceres, dije. Es raro como nuestro poeta surrealista más famoso es *Jorge* Cáceres, pero que el fantasma Omar fue verdaderamente nuestro *primer* surrealista.

Sí, es tal cual. ¿Sabes?, he estado pensando un montón en Cáceres.

¿Sí, cuál?

El de este libro — misterioso, apócrifo Omar. Tengo una teoría literaria criminal en la que estoy trabajando, y creo que hay evidencia circunstancial que lo hace plausible. ¿Quieres oírla?

Seguro. Siempre estoy dispuesto a oír una historia de detectives acerca de un poeta, mano, respondí. Siempre he dicho que, si no hubiese sido condenado a ser escritor, habría sido detective. Mis oídos son tuyos.

Le hizo una seña con la mano al mesero para pedir otra ronda, después de hacer como que me iba a tomar de las orejas. Ok, sígueme. Y después, recuérdame mostrarte algo que tengo aquí.

Y así habló por casi una hora acerca de sus hipótesis sobre Cáceres (más acerca de eso más adelante). Yo quedé fascinado. Cuando hubo terminado, le dije que tenía que escribir una historia o una novela sobre él. Pareció pensar que era una idea interesante. Le conté de mi fascinación con el misteriosamente desaparecido surrealista Gui Rosey y que tenía una historia a medio terminar que lo incluía. Prosiguió entonces —en detalle y como si lo hubiese tenido planeado— a describir una posible trama en donde Rosey viaja en barco de Francia a Chile en 1939, cambia de identidad, y se encuentra con Cáceres. Era impresionante el modo en que podía sacar cosas de debajo de la manga. Incluso aproveché de anotar algunas cosas.

Pero he hablado mucho, como de costumbre, espetó. Como si estuviera de vuelta en La Habana como en los meses después de que te fueras. Ahora cuéntame acerca de esta loca idea —la novela que estás escribiendo sobre los infras. Y de paso, espero estar en ella, porque yo sé qué debes recordarlo... Yo estaba ahí, mano. No me jodas con que no me recuerdas. Hieres mis sentimientos, huevón.

Iba a preguntarle a qué se refería con eso de haber hablado demasiado en la Habana, dado que yo casi no tenía recuerdos de que alguna vez hubiese abierto la boca en ese entonces, pero estaba distraído por alguna otra cosa. Los turistas empezaron a llegar... Jóvenes artistas y escritores de Barcelona entrando para jugar a la bohemia. Al parecer, ambos nos olvidamos de esa otra cosa que iba a mostrarme. Así que le hice un recorrido por la novela. De algún modo, me convenció de beber un trago. Recuerdo haberme dejado llevar por mí sinopsis. Él parecía impresionado. Y decepcionado por no estar en ella. De hecho, tomé tres tragos. Mis primeros tragos en no sé cuántos años.

Caminamos hacia la Calle Mallorca por el Eixample, nos detuvimos en el bar Valverde a insistencia de Nadal (para que pudiera beber un trago en la antigua silla de Gil de Biedma; yo ya no bebí más y no lo he hecho desde entonces), luego llegamos a la librería La Central, donde curioseamos por media hora y conversamos por un instante con Ricardo Cano Gaviria, quien, extrañamente, llegó justo después de que yo cogiera del estante su libro acerca del último día de Walter Benjamin en la tierra. No lo estoy inventando.

Le pedí el encargado que llamara un taxi para el aeropuerto, y el taxi llegó. Nadal y yo nos abrazamos y prometimos mantenernos en contacto. “¡No te olvides de comenzar la novela sobre Cáceres!”, le grité mientras se alejaba.

Tú no te olvides de comenzar la novela acerca de Gui Rosey y Cáceres, se rio, trastabillando más de un poco y se subió al taxi; esa fue la última vez que lo vi. Y luego, envalentonado por el licor, habiendo cambiado de opinión y listo para un

duelo, fui a la casa Leopoldo a esperar a que Vila-Matas y Echeverría aparecieran juntos, lo que nunca ocurrió.

Recuerdo que a la mañana siguiente escribí, de un tirón, 30 páginas de un borrador acerca de cuatro académicos en una conferencia sobre literatura alemana, cada uno de ellos obsesionado con el trabajo de un misterioso novelista llamado Benno von Altenhofen. Y una vez que lo tuve en mis manos, resolví la clave de un libro en contra del que me había estado golpeando la cabeza por años, sin una dirección clara o salida a la vista. Pero esa mañana todo vino a mí, como un libro, un misterio, y un mapa de batalla, súbitamente, así nada más.

Me llamó unos meses después. Le estaba yendo bien con su hermano en Viena, trabajando en el taller, ganando dinero, sintiéndose parte de algo al hacer cosas con autos, yendo a una biblioteca a investigar y escribir. Esto y lo otro. Me preguntó si, después de su partida, había encontrado los “papeles”, esos, dijo, que había querido mostrarme, pero que, por algún motivo, no había podido.

Cuáles papeles, huevón, contesté.

El interrogatorio de Péret, dijo. Y algunas traducciones qué hice de su poesía en *Grand Jeu*. También había ahí otro documento. Y algunas fotocopias de otras cosas, además de manifiestos infra y algunas cosas etnográficas que Péret hizo en Brasil.

¿Estás hablando de *Benjamin* Péret?

Ese mismo, contestó.

Oh, bueno, no. Nada de Péret por aquí, al menos no en el sentido de ser interrogado, o lo que sea. Tú sabes que lo quiero. ¿Acaso no lo mencionamos cuando estuviste aquí? Tengo unos libros suyos en francés... ¿A qué te refieres con “interrogatorio”? ¿La policía interrogando a Péret? Sé que estuvo arrestado un par de veces. En el ejército, por agitación comunista en la Segunda Guerra Mundial, y antes de eso en España, me parece. En Brasil también, a comienzo de los treintas, estoy casi seguro ¿Cuál interrogatorio?

Sí. ¿Podrías revisar un poco más? Debo haberlos dejado por ahí. Estoy seguro de que los tenía en mi bolso cuando estaba en tu departamento, así que deben estar ahí.

Pero, ¿por qué no me hablaste de esto cuando estuviste aquí?

Me acuerdo de que te lo iba a mostrar en el Bar Marsella, después de eso conversamos con Vila-Matas —te dije que había otra cosa de la que quería hablarte. Y por eso metimos a los surrealistas en la conversación, yo sabía que estarías interesado. Creo que iba a hablarte de esto, pero no parecía ser el momento, y me di cuenta que me faltaban los papeles cuando ya había despegado.

No, huevón, respondí. Me acuerdo que tenías el bolso contigo cuando estábamos en el bar, el día antes de que te fueras, cuando me mostraste la copia de la *Nueva poesía chilena*, y me contaste todo acerca de Cáceres. Tú salías mucho sin mí a los bares en la ciudad, sabes. A lo mejor, ¿dejaste esos papeles en uno de ellos? ¿En el bar Cartago? ¿O tal vez incluso en el Marsella? Puedo preguntar por ahí, de todas formas, lo dudo después de todo este tiempo juntos, ¿pero acaso no lo tienes en un archivo? ¿Qué eran?, ¿manuscritos?

Sí, en su mayoría manuscritos, excepto por las fotocopias y una que otra cosa. Había otra traducción que tenía más o menos terminada, manuscrita también... un discurso dado por un estalinista demente atacando el realismo socialista, en Moscú, en los años treinta.

Suena divertido, contesté. ¿Tiene relación con el asunto de Péret?

Que si tiene relación, ¿a qué te refieres?

Bueno, tú sabes, Aragón, con Vallejo, pudo haber sido un delegado en el hall, aplaudiendo a los estalinistas, ¿no?

No lo sé, respondió. Perdido como Aragón. Y me sorprende que digas eso de Vallejo. Aunque es verdad... Y si todo está perdido entonces nada es parte de nada, lo sabes.

Le pedí que me contara más acerca del plan completo de la novela de Péret, le dije que estaba intrigado, que adoraba a Péret, repetí una y otra vez, recordando más claramente ahora, que el poeta ya había aparecido en una conversación cuando estábamos en Barcelona.

Se hizo un silencio. Me dijo que prefería no darme una sinopsis de la gran idea, casi la totalidad de ella todavía esperaba ser escrita, tenía demasiadas capas, “demasiado elaborada,” dijo, “sobredeterminada”, y que de hecho habría empezado a perder el hilo del proyecto, demasiado laberíntico para su propio bien, demasiado enigmático. Había pensado mucho en él, había hecho todo tipo de planes para trabajar con los “estratos”, sea lo que quisiera decir con eso, sobre los documentos del interrogatorio, los cuales explicó que había tenido que copiar a mano de las fotocopias que un amigo había hecho, el cual había dado por casualidad con el archivo en Brasil, investigando la historia de la Columna Prestes, en los Archivos Legales de la Policía Nacional, en Río de Janeiro. Su amigo planeaba publicar facsímiles de las transcripciones desconocidas, sólo le dejaba hacer copias a mano, y Nadal pudo transcribir poco más de la mitad del contenido. Pero estaba listo para dejarlo partir, de todos modos, me contó. Perdió el hilo, dijo de nuevo, o algo parecido.

¿Perdón?, exclamé.

No sé cómo lo haces, Bolaño, todo parece tan fácil para ti. Probablemente igual yo nunca habría llegado a ninguna parte con eso. De todos modos, tenía tal vez cincuenta

o sesenta páginas en total. En realidad, no mucho. Ver los archivos de Péret tiene un valor de carácter histórico, además se incitar curiosidad, eso es seguro... De alguna manera deben ser encontrados y publicados.

De verdad lo siento, mano. Pero igual cuéntame algo. Tal vez te puedo dar algunas ideas acerca de cómo reconstruir y proceder. Dime cómo puedo ayudar. Me siento mal por ti en todo esto...

No, olvídalo. No lo recuerdo bien, para serte franco. Pero hay dos interrogatorios, uno con los policías, con los que Péret se divirtió mucho en ese sueño lúcido de charada acerca de la naturaleza del surrealismo; el otro es un interrogatorio del “agregado cultural” de la Embajada de Francia con un agente del servicio secreto, bastante fascinante, incluso si la mitad de todo eso está perdida. Aunque te digo una cosa, Roberto, y por favor, si llegas a encontrarlo —y yo sé que tiene que estar en alguna parte, asegúrate de buscar en todos tus papeles—, ¿me prometes que encontrarás el modo de incluirlo en uno de tus libros o historias alguna vez? Hablo en serio. Escúchame. Esto es lo que quiero y lo que te pido. Lo que sea que hagas con eso. Hazme tu segundo Porta, pero no me pongas en la portada, ¿sabes? No quiero que sea mío.

Mano, como te dije, si lo encontrase, te lo mandaría de vuelta —por supuesto que eres tú el que lo necesita. Tal vez podrías encontrar la forma de mezclarlo con el misterio de Cáceres, ¿no te parece?

Vamos, sabes que no podría. Simplemente lo dejaría para más tarde, así soy yo, y los días y los meses pasarían, y así, bla, bla, ya sabes. ¿Puedes creer cómo pasa el tiempo? Nuestros padres solían decirlo y nos daba risa. Tú sabes usarlo de un modo en que yo no. El tiempo, quiero decir. Estaría contento, dichoso, si tú lo hicieras. ¿Tal vez hasta puedas meterme en la historia, como un personaje, bajo un nombre diferente?

Estás loco, huevón. Gobiérnate, respondí. Obviamente, te llamo de inmediato si lo encuentro.

No estoy bien, Bolaño. No hay mucho tiempo. tú encuéntralo y haz algo con él, ¿ok?

¿De qué estás hablando? ¿Estás enfermo?

La vieja próstata está frita. Lo he sabido desde hace un par de años.

Nunca me dijiste, mano.

Bueno, tú nunca hablas de tus mierdas conmigo, tampoco, Bolaño. Creo que no éramos tan cercanos o lo que sea. Por lo menos te *estoy* contando; yo sé de ti a través de tu mamá.

Eso me sacó un poco de mis casillas, por irracional que fuese el motivo. Dije algo que no le gustó y luego él dijo algo que no me gustó. Traté de decir algo para recuperar la conversación, para medio disculparme como los “hombres”, pero eso tampoco se

entendió bien. Creo que él también intentó decir algo que no funcionó. Así que uno de los dos colgó el teléfono.

Debe haber sido casi un año después que me llamó desde Valparaíso. Las cosas con su hermano no habían funcionado. Ni Eslovenia como agregó extrañamente. Pero ahora estaba viviendo en el Cerro Los Placeres, donde se había mudado recientemente “a una pequeña cabaña, pero con vista nerudiana”, de acuerdo a sus propias palabras, No más viajes, dijo. Estoy en casa.

No, respondí, lo siento, lo de Péret no está aquí. Estoy seguro que a esta altura ya lo habría encontrado. Lo perdiste en algún otro lugar... Le dije que recordaba claramente su historia acerca de Cáceres y que debería transformar eso en una novela de una vez por todas, maldición. Ese es el libro que tú deberías escribir, le dije. Ya está terminado hasta la mitad. Sería espectacular.

Lo dudo. Veremos. Paso el tiempo pensando acerca de todas las cosas reales que escribiré y que nunca escribo. Por una razón u otra. Y cuando finalmente comienzo algo, lo olvido en la casa de alguien en mi camino a Austria... Estoy cortado para folletines más que otra cosa de sustancia. Así que, ¿sabes?, a la mierda. Quiero decir, pude haber tenido una nota al pie de página en ese libro de Vila-Matas sobre escritores del No, ¿no te parece?, me enteré de que es un éxito.

Hubo una pausa.

¿Qué estás haciendo ahora para ganar dinero?, le pregunté. No mucho, contestó. Pero dejé de beber, si es que eso vale algo.

Eso es muy bueno, amigo, y me alegro por ti. ¿Pero como estás, Nadal? ¿El asunto de la próstata?

Se cortó la conexión ¿Nadal? ¿Nadal? Eso fue todo.

En febrero de este año, ordenando cosas y medio recordando lo que dijo acerca de “bajo tus papeles,” encontré las cosas de Nadal —el fragmento de Péret y muchas otras cosas, todas ellas en una antigua carpeta de plástico transparente atada con una cuerda— debajo de una pila de borradores para la *Literatura nazi en América*. Fechas que yo había escrito a mano en algunos de esos manuscritos mostraban que los había compuesto en noviembre y diciembre del noventa y tres. Así que cómo es que la carpeta pudo haber quedado escondida debajo de esas cosas viejas, no lo sé. Tal vez en algún momento cambié de lugar los papeles a la bandeja de abajo del librero y de alguna forma se mezclaron con los papeles de Nadal. Aunque no tengo memoria de

que los borradores estuvieran en ninguna parte, en ningún momento, sino que donde estaban. Y éstos tenían una buena capa de polvo encima que parecía el sedimento de unos buenos cinco años, era casi como si ¿alguien —tal vez Carolina— los hubiere deslizado debajo por accidente, o a propósito, después de una pelea? ¿Mi madre, en alguna ocasión cuando estaba para ayudar con Lautaro? No, me dijeron que nunca habían movido nada parecido. Carmen no había estado en mi casa en ese tiempo todavía... Invité a algunos amigos en esos meses —¿tal vez uno de ellos había revuelto las cosas? Recuerdo a Vila-Matas curioseando en mi librero una noche, sacando y poniendo cosas. Pero es raro pensar que pudo haber movido mis papeles de esa forma.

De todos modos, en realidad: ¿no podría haber sido Nadal después de todo quien los puso ahí a propósito? ¿Podría esta haber sido su precaria forma de poner el trabajo en mis manos antes de la muerte que sabía que estaba cerca, y así conminarme, mediante un sentido de responsabilidad con lo póstumo, a poner el trabajo en un tipo de forma que él no podría haber realizado? En la posibilidad de que yo lo encontraré, eso es...

Aunque al hacerlo, Nadal estaba apostando a que moriría antes que yo —una apuesta 50/50. Es raro, y yo no tengo, en lo que puede ser mi muy escaso tiempo restante, ninguna buena respuesta. Tal vez fue como un gesto de despedida a lo Mario/Rimbaud, uno destinado recordarme los ideales que dejé atrás, todo lo que sé es que escribir es una cosa y la subasta de la mente otra. Que, encarando a la muerte, un autor puede optar por honrar sus lazos y dejar a su escritura encontrar su propio destino, por fuera de su propio nombre. Algo que definitivamente no he hecho, en el fin, que es el lugar en donde estoy.

En el sueño estaba en una habitación llena de manuscritos que Nadal nunca escribió (cubrían las paredes); saqué uno y comencé a copiarlo, y continúe, furiosamente, manuscritos tras manuscrito, hasta que los había copiado todos mientras Nadal estaba sentado ahí, bebiendo, repitiendo, ¡rápido Bolaño, rápido! Y entonces Santiago entraba trepando por la ventana, su cabello era como una oscura melena de león, un metro y medio de ancho, y depositaba pilas de manuscritos en el escritorio y el piso —los suyos y los de todos los infras, escritos en libretas de notas, en trozos de papel, en sobres y recibos, eran como los fragmentos de los códices excavados de las tumbas en el desierto, cubiertos de arena y polvo— y rápido, profirio, rápido, Bolaño rápido, ahora copia estos para nosotros, copia, mano, copia... y así lo hice, y me llevó años y años, pero persistí, mientras Santiago susurraba a mi oído que había en el desierto cuevas llenas de manuscritos, ajados y desteñidos y cubiertos de polvo, esto es sólo el comienzo, y lloré al pensar en ello, mientras seguía copiando, y cuando hube terminado, después de miles de años, creo, colapsé en brazos de Santiago, y me dijo que lo había hecho bien; Nadal se acercó y deslizó sus dedos por la larga cabellera que yo ya tenía en ese

entonces, aunque ahora era blanca, y yo lloraba, y ellos también, y todos estábamos secando los ojos del otro, y entonces todo lo que yo había copiado empezó a arder, tal como estaba escrito, y las llamas nos envolvieron y simplemente las dejamos, no intentamos salir de la habitación y no gritamos, porque no había dolor, o sentimiento alguno, y ese placer juntos era el fin de un sueño ridículamente melodramático.

No había podido pedirle a Nadal su número de teléfono ni su dirección en Valparaíso. Traté de rastrearlo a través de amigos en el D.F y de chilenos en Barcelona que podrían haber tenido algún contacto con él. En primer lugar, nadie siquiera en el D.F, al parecer, sabía que se había ido a Europa y lo último que habían visto de él había sido a finales de los ochenta, antes de que desapareciera quién sabe dónde.

Y así, con su manuscrito recuperado en la mano, ponderando lo que debía hacer con él, decidí intentar obtener alguna información acerca suyo —recuerdos de quién sea que haya llegado a conocerlo mejor que yo, antes y después de que me fuera, allá en el setenta y nueve. Le escribí a Rubén Medina, Carmen Boullosa y a otros pocos para rastrear algunas direcciones de email de personas que podrían haber sabido algo de él; me llegaron algo así como un par de docenas de contactos y, en algunos casos, borrosas imágenes de Nadal. Borrosos recuerdos. Envié una petición general, explicando mi reencuentro con Nadal, indicando que tenía algo importante que él había dejado y que yo necesitaba información de contacto para regresárselo con urgencia. También le pedí a alguna gente proveerme de cualquier anécdota, información acerca suyo, que esto podría arrojar alguna luz sobre los fascinantes materiales que tenía yo en la mano. Algunos nunca respondieron. Otros no tenían idea acerca de quién estaba hablando. Y unos pocos, no felices con mi más reciente libro, me dijeron más o menos que me lo metiera todo en el culo.

Aun así, en el curso de los meses siguientes, empezaron a llegar respuestas interesantes y a veces extrañas —la mitad por email, la mitad por correo normal. No muchas, alrededor de diecinueve o veinte, once de ellas de sustancia e interés. He decidido incluirlas aquí.

Tan sólo ayer, *un amigo* me hizo llegar un ejemplar de La Tercera de hace una semana. Pensó que quería ver un artículo sobre Raúl Zurita. Acompañando la pieza había una fotografía algo granulosa, de 1981, el texto al pie decía, una reunión clandestina del CADA en algún lugar de Santiago: un grupo de ocho, en semicírculo, incluyendo a Zurita, Diamela Eltit, Lotty Rosenfeld, Fernando Balcells y Juan Castillo. No pude reconocer a dos de los otros, pero ahí, sentado en el suelo con la espalda contra la

pared mirando Zurita, el que con un mapa en el piso enfrente suyo apuntaba a algún punto secreto en la ciudad (el que, en realidad, parecía que podría haber sido el Parque Forestal) es Nadal. El cabello hasta los hombros, más delgado, pero no por ello menos él —la cicatriz en su barbilla, de ceño fruncido, con lentes ligeramente oscuros. Quedé impresionado. Sabía que había ido a El Salvador en algún momento en el 82 y luego de vuelta a México, y luego a los Estados Unidos tan sólo un par de años después, pero no me había dicho ni una palabra acerca de haber ido a Chile alrededor de 1981 y de trabajar con el CADA. Todo hizo sentido, por supuesto, ideológicamente hablando. Y por qué había tenido que ir de ahí a El Salvador —huir, esa es la palabra— algo que una de las cartas que recibí confirmaba, la que incluyo aquí.

Pero me pareció extraño —y todavía me lo parece— que no me hubiese dicho nada cuando estaba aquí conmigo, especialmente dado que había leído *Estrella distante*, y que debió haber reconocido que el motivo poético de la escritura celestial había sido tomado de Zurita, contra Zurita. ¿Tal vez no quiso agriar la visita con desacuerdos? Me duele cuando pienso que dos años después de haber estado juntos —y apenas pocos meses de que regresara para morir— había tenido una cena infame en casa de Jorge Arrate y Diamela Eltit allá en Chile, cuando todo se vino abajo y la mierda empezó a volar, y ahora lo lamento.

Algunos de los materiales que siguen están firmados, aquí y allá, como “Vladimir Nadal,” y lo asumo como el pseudónimo que el autor quiso poner junto a estos trabajos. Su nombre real no aparece en las páginas que dejó, así que he decidido hablar de él usando el pseudónimo que al parecer habría deseado. También he cambiado todas las menciones a su nombre verdadero en la sección epistolar al pseudónimo “Nadal”. Tal vez los detectives de la poesía del futuro puedan descubrir su identidad, si es que buscan con suficiente tesón.

Eso es todo.

Roberto Bolaño
Barcelona, noviembre, 2001